

## ...Y los pobres son expulsados

Luis A. Aranguren Gonzalo

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

Un mes sí y otro también nos encontramos con noticias como las siguientes:

- Agosto de 1998: *Vecinos del barrio madrileño de Carabanchel se movilizan para impedir que se inaugure un nuevo Centro de Atención al Drogodependiente (CAD)*; tras dos días de tensiones, forcejeos en la calle y negociaciones, en efecto, el Centro ni se abre ni se traslada a otro lugar más «adecuado».
- Octubre de 1998: *Vecinos de Alcorcón «toman» una Iglesia para impedir que se abra un comedor para indigentes*. A los tres días, no podía ser de otro modo, se anuncia que los locales pensados para los sin-hogar se dedicarán a galerías comerciales. Y la vida sigue... ¿igual?

El darwinismo social no sólo está presente en el corazón del Mercado globalizado, sino en el corazón y pensamiento de la ciudadanía «normalizada». Cuando la exclusión se expresa en rostros y nombres concretos, entonces los pobres molestan, afean el paisaje al tiempo que sus derechos ponen en peligro nuestros privilegios. Este tipo de hechos, repetidos durante los últimos años, invitan sin duda a la reflexión lúcida y serena. Por mi parte, apporto material para el diálogo.

### I. Elementos para un diagnóstico

1. La fuerza del altruismo indoloro.

Muy a nuestro pesar, la tozuda realidad apoya las conocidas tesis de Lipovetsky. El individualismo posmoderno cuando mira al otro lo mira de lejos y con cuidado para no mancharse, contaminarse o preocuparse. Dicen que vivimos en tiempos de auge solidario. Quizá haya síntomas de ello. Lo cierto es que existe cierta solidaridad que enmascara intereses personales o de grupo. Nos inunda un altruismo indoloro, insípido e inconsistente, que no llega a las entrañas ni parte de ellas, que no analiza la realidad, ni hace poner en movimiento ni a las manos ni a la cabeza, que no se cuestiona por qué en la esquina de mi calle todas las noches duerme un hombre tapado con cartones; es un altruismo que se mueve bien en las distancias largas, a través de la mediación mágica de la televisión que, sin que nos molestemos, nos propone tragedias de hambrunas, catástrofes naturales y otros males, para a continuación, ofrecernos un número de teléfono o de cuenta corriente donde poder depositar nuestra generosidad.

¿Cuántos vecinos de Carabanchel que se enfrentan a la policía para que no se abra el Centro de Atención al Drogodependiente habrán ido o presenciarán el fabuloso partido de fútbol en favor de la reinserción de toxicómanos, que organiza anualmente Proyecto Hombre? ¿Cuántos de los vecinos de Alcorcón que tomaron a la fuerza la parroquia del barrio habrán efectuado el pasado verano su donativo en favor de los hambrientos de Sudán a través de cualquiera de los números de cuentas corrientes que aparecen en el tablón de anuncios de la misma parroquia? ¿Cuántos de los que piensan que a los pobres hay que ayudarles fuera del barrio y de la ciudad, a su vez están apadrinando niños del Tercer Mundo por cien pesetas al día, para que algún día se integren en nuestra sociedad del bienestar?

2. Criminalización de los excluidos.

La lógica de la exclusión conlleva necesariamente crear fortalezas y murallas que separen claramente los de *dentro* de los de *fuera*. Sólo hace falta una justificación, y ésta viene dada por la adaptación de la teoría de la sociedad de riesgos, elaborada, entre otros, por A. Giddens. Si en el campo ecológico hemos de

rescatar la responsabilidad humana de catástrofes que solemos inculpar a la naturaleza, en el campo de la exclusión social pasamos de situaciones de riesgo a poblaciones-riesgo, claramente marcadas: los chavales que merodean por los parques y que no van a clase, los toxicómanos, los inmigrantes empobrecidos, los sin-techo, los enfermos de Sida sin recursos ni apoyos...; se trata de colectivos que ponen en riesgo seguridades aparentemente adquiridas. Existe una nueva categoría de comprensión: la seguridad ciudadana; ésta se sacraliza en la medida en que conseguimos criminalizar y culpabilizar a los excluidos a su propia suerte. El «drogata» y el mendigo están ahí porque se lo han buscado; y en la medida que están ahí ponen en riesgo la seguridad de nuestros hijos, de nuestros mayores,... ¡Que les echen o que manden más policía!, suelen ser las dos alternativas mayoritariamente proclamadas. A la criminilización se une la difusión del miedo a lo desconocido. El miedo crea mitos y el mito de que el excluido es un delincuente se encuentra abonado desde ese miedo que, sin duda, la mayoría de los empobrecidos no provocan por las calles; antes bien, algunos de ellos son linchados y apaleados por los guardianes de cabeza rapada con vocación de salvadores.

### 3. Deterioro de la solidaridad primaria

Curiosamente, España es de los pocos países ricos que conservan la sana tradición del cultivo de tramas solidarias inmediatas entre vecinos y amigos: el cuidado de los enfermos, el compromiso mancomunado por hacerse cargo de los hijos propios y ajenos, el apoyo en situaciones de necesidad, etc. forman parte de la cultura de la solidaridad vecinal. Sin duda, los hechos sobre los

que estamos reflexionando suponen un paso atrás en relación con esta tradición, al tiempo que representa un paso hacia adelante en la configuración de una sociedad cada vez más próspera en lo económico, a la vez que más insensible y hueca en lo social-próximo.

Y llegamos así a tocar el palo mayor de este buque a la deriva occidental. Para echar a los pobres –sucios y mal olientes– se recurre a la ideología de la seguridad ciudadana. Pero toda ideología, por definición, enmascara otra realidad más honda. Y la realidad radical en este caso no la protagonizan los excluidos –ojalá fuera así y en serio–; la protagonizan los vecinos normales y normalizados. El olor de toxicómanos y mendigos provocan la caída de los precios de los pisos, y esto quiere decir que el barrio en su conjunto se devalúa en lo estético y en lo económico.

## II. Hacia un posible tratamiento

La defensa de las víctimas de un orden económico y social tan injusto pasa por poner en cuestión las prácticas, usos y costumbres que vamos adquiriendo en nuestros

barrios con total normalidad. Además, será preciso continuar trabajando de forma complementaria en los siguientes campos:

- Frente a la limpieza étnica, poblacional y de clase, recuperar la limpieza ética, que permita afrontar las verdaderas causas de la exclusión para hacernos cargo de ella.
- Frente al Estado Providencia que todo lo resuelve lejos de nosotros, tomar conciencia de que las soluciones han de ser compartidas, que todos tenemos responsabilidades y que articular cada una de ellas en cada ámbito supone diálogo y voluntad de cooperación; la solidaridad, en efecto, camina en la dirección contraria a la defensa de nuestros intereses o privilegios.
- Frente a la solidaridad fría, distante y lejana, cultivar la solidaridad cálida, que se nutre tanto del encuentro afectante como del pensamiento que nos pone en conexión las raíces estructurales, ambientales y personales de la exclusión.
- Frente a la conmoción a favor de unos pobres y en contra de otros, instaurar procesos reales de educación en la solidaridad, tanto en los ámbitos educativos formales como en los no formales.

